

misionera a las periferias existenciales, mística comunitaria y evangelización con espíritu (cf. 206-225).

La obra cuenta con tres anexos: el primero de ellos ofrece un “Mapa conceptual y algunas ejemplificaciones” del trabajo de codificación, que especifican ejes temáticos y dimensiones que de la investigación, un listado de las acciones humanas como fruto de la codificación de las entrevistas y algunas acciones propias de cada espacio que ayudan a conocer su particularidad y riqueza. En el segundo anexo, “Entrevistas del estudio de caso múltiple”, se ofrece un listado alfabético de las entrevistas realizadas. El tercer anexo, “Entrevista al Cardenal Jorge M. Bergoglio SJ”, contiene una entrevista realizada por José Juan Cervantes y Carolina Bacher Martínez en el mes de mayo del año 2012, que se desarrolla bajo un *leit-motiv* pastoral del entonces arzobispo de Buenos Aires –hoy papa Francisco–: “salir a la calle” o simplemente “callejear” (239).

En síntesis, este libro constituye un instrumento valioso que da cuenta de un importante movimiento de evangelización y renovación eclesial, surgido en el seno de la ciudad, de la mano de mujeres y varones comprometidos con el anuncio del Evangelio. La opción metodológica realizada es de particular interés, ya que el abordaje cualitativo de los espacios seleccionados permite dar luz a historias de vida concretas,

a la vez que posibilita “desarrollar teorías fundamentadas empíricamente” (22). Las diferentes voces que se escuchan a través de las treinta y tres entrevistas realizadas, así como las reflexiones teológicas elaboradas a partir de ellas, ponen al/la lector/a en contacto con vidas concretas y prácticas de espiritualidad renovadas llevadas adelante por “evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo” (EG 259).

VERÓNICA L. MASCIADRO

---

TONY MIFSUD, *Una espiritualidad desde la fragilidad*, Santiago de Chile, Ediciones Revista Mensaje, 2014, 128 pp.

---

El P. Tony Mifsud SJ experto en Ética y Moral nos ofrece un libro que, aunque no está expresamente dedicado a estas áreas del pensamiento, presenta referencias y experiencias que nos permiten como creyentes enfocar nuestra vida de fe, en este caso desde la experiencia humana de la fragilidad.

El Padre Mifsud escribe este libro desde un doble “lugar vital”. En primer lugar desde su ser jesuita a propósito del bicentenario de la resurrección de la Compañía de Jesús por el Papa Pío VII en 1814, la cual

había sido suprimida en 1773 por el Papa Clemente XIV. De esta supresión – restauración Mifsud recuerda que una de las pilares que movía a San Ignacio de Loyola era vivir la espiritualidad siendo conscientes de nuestra propia fragilidad, aunque también movidos por el “*Magis*”, el siempre más. Junto con ello, Tony Mifsud escribe desde el contexto latinoamericano y desde éste dos grandes puntos de referencia que figuran en la presentación del libro, en primer lugar la persona del Padre Alberto Hurtado y desde él nos recuerda “que la vida es un proceso de búsqueda de sentido, la muerte es la ocasión de encontrarla y la eternidad es el tiempo de gozarla porque deja de ser una promesa y se convierte en una realidad” (p.9) Y en sintonía con esto último recuerda lo acontecido en la V Conferencia del CELAM celebrada en Aparecida (2007) la que nos presentaba una eclesiología del discipulado – misionero en el encuentro y seguimiento de Jesucristo en donde “el discípulo es alguien apasionado por la Persona de Cristo, a quien reconoce como el Maestro que lo conduce y acompaña” (p.11).

El libro comienza con la presentación del autor, al que le sigue la introducción y cuatro capítulos y finalmente las referencias bibliográficas.

Capítulo 1 “El contexto de una cultura del éxito”: El autor define la cultura del éxito como una so-

iedad basada en el consumo, en la cultura de la imagen y de lo pasajero, una época en donde el éxito “ha sido endiosado como una condición indispensable para ser alguien reconocido y aceptado por el grupo humano” (p.22). Preguntarse por el éxito en el contexto actual, a juicio de Mifsud, significa plantearse una nota constitutiva del sujeto moderno. Si una persona no es exitosa, no posee prestigio social, poder o contactos que le permitan una mayor y mejor movilidad social simplemente es un fracasado y un invisible frente a los que viven obsesionados por el éxito. La cultura del éxito favorece el sentido de lo privado, un individualismo exacerbado contra lo comunitario que se funda en el ser por sobre el tener. A la cultura del éxito, Mifsud considera que se le opone “la sabiduría de la Cruz” la cual significa el fracaso a los ojos del mundo, el cual pregona el poder y el dinero mientras que el Evangelio propone una cultura de la humildad, del servicio, de las paradójicas bienaventuranzas, de la Encarnación del Verbo, máximo signo de la fragilidad de nuestro Dios.

Capítulo 2 “El reconocimiento de la propia fragilidad”: El autor comienza definiendo fragilidad como lo que se puede quebrar con facilidad y que por tanto necesita cuidado. En este cuidado estriba también la preocupación y el reconocimiento que hacemos del otro en la dimensión interpersonal. En esta re-

reciprocidad, Mifsud considera que nuestra fragilidad se hace evidente porque cabe la posibilidad de no ser reconocido y por tanto herido en nuestra dignidad humana. Pero también debemos ser conscientes de que mientras por un lado se puede ocasionar la pérdida de la reciprocidad, por otro lado acontece la solidaridad, la reconciliación y la compasión por el otro. Junto con la aceptación o no aceptación del otro se nos exige también la autoaceptación que pasa por tres momentos: conocerse, aceptarse y crecer, las cuales “son instancias complementarias que se influyen mutuamente y nos permiten el crecimiento. Así, resulta ineludible conocerse para poder encontrarse, y al encontrarse uno se conoce mejor” (p.67). En este proceso dinámico basado en el discernimiento podremos comprender cuál es el querer del Dios misericordioso.

Capítulo 3 “Una espiritualidad desde la fragilidad”: Mifsud nos invita a comprender ‘espiritualidad’ como la búsqueda de un camino que le dé sentido a nuestra vida. En este sentido, nos propone como paradigma de esta misma búsqueda a los Padres del Desierto los cuales eran los anacoretas y eremitas que habitaron los desiertos de Egipto y Siria entre los siglos III y VI d.C. Ellos “abandonaron las ciudades del imperio romano y otras regiones vecinas para ir a vivir en la soledad del desierto, buscando la *hésykia*, la paz interior que permite la unión mística con Dios”

(p.89). Esta espiritualidad, recuerda Mifsud, nos invita a vivir el camino de la humildad, reconociendo nuestras debilidades, el descender para luego ascender a Dios. Así, una espiritualidad desde la fragilidad se vive desde abajo, desde las realidades ante las cuales hemos de descalzarnos para sentir toda la historia que nos sustenta.

Capítulo 4 “El lugar de la fragilidad en la espiritualidad ignaciana”: En el último capítulo del libro, Mifsud retoma las fuentes de su propia espiritualidad presentando la experiencia que Ignacio de Loyola tuvo de la fragilidad. Se narra brevemente como él hasta los 26 años vivió preocupado de las vanidades del mundo para luego experimentar la conversión por medio del discernimiento de lo que Dios quería. Desde esto nace la disponibilidad para escuchar a Dios que habla desde la misericordia y el amor para de esta manera plenificar la realidad humana.

En síntesis es un libro que nos invita a no considerar la espiritualidad como algo desencarnado o ahistórico, sino que nos invita a discernir desde nuestra propia realidad e historia cómo nos enfrentamos constantemente al éxito y a la fragilidad. Nuestra vida debe ser una espiritualidad o una búsqueda constante de Dios la cual debe ser alimentada desde el discernimiento y la escucha que hacemos del Espíritu de Dios que nos habla en las cosas más cotidianas. Reco-

miendo este libro que, sin ofrecer recetas mágicas, nos ayuda a mantener la conciencia de nuestra debilidad la cual nos permitirá crecer hasta llegar a una unión más plena con Dios, así como lo experimentaron los Padres del Desierto, Ignacio de Loyola o

Alberto Hurtado que experimentando la gracia pudieron “crecer en libertad y colaborar con Cristo en su misión” (p.125).

JUAN PABLO ESPINOSA ARCE